
EL ATLETA SUPREMO*

Por Mark Kram

N. de R.: La traducción de este artículo fue reproducida por el INSTITUTO COLOMBIANO DE LA JUVENTUD Y EL DEPORTE como Documento No. 1 del proyecto Excelencia.

Alberto Salazar estuvo cerca de la muerte. Esto sonaba un poquito melodramático, aun para los atletas, cuyas vidas pueden frecuentemente parecer como películas de clasificación B. Pero el rumor persistía mientras cientos de personas se arremolinaban en el cavernoso "Prudential Center" después de la última maratón de Boston. Era simplemente el zumbido mórbido, el tipo de expectativa desconsoladora que sigue a los momentos clásicos del horror atlético: el matador que siega; el piloto arrojado en una vuelta; el púgil que no pudo ser vivido; el lanzador que hace zumbir en el oído una bola rápida a 153 kilómetros por hora.

Por su naturaleza, la maratón no tiene ninguna relación con el deporte sangriento. Sin embargo, Salazar, el corredor con el cuerpo semejante al de un animal cursorípedo, se arrojó en el ojo del peligro, hizo un ofrecimiento a la figura mítica de Ulises, el prototipo de hazaña de quien nunca puede resistir un yugo, o aun la muerte, y quien rehusa ser manejado por los caprichos de los dioses.

EL SE GUIA A SI MISMO

En Boston, Salazar tuvo que llevar todas sus habilidades hacia el álgebra desconocida, siempre cambiante, del tiempo, de la mente, del cuerpo y del clima. Disputó un feroz y agotador reto, junto a Dick Beardsley, quien

perdió por un par de zancadas, y finalizó estableciendo un nuevo récord de recorrido de 2:08.51. Salazar había estado allí antes, eludiendo a sus rivales sin problemas, cuando estableció un récord mundial (2.08.13) en la maratón de Nueva York unos meses antes. Aún así, dos marathones no son siempre iguales, y ahora el sol brillante, la humedad baja, y la brisa tajante a lo largo del curso de los 42 kilómetros, 152 metros, fue astutamente tentado más allá del borde metabólico y en consecuencia lo había golpeado. En el momento en que era auxiliado en su camilla de recuperación, se hallaba en el remolino de un oscuro problema.

Salazar estuvo, una vez más, nariz a nariz con los límites. Mientras su padre hablaba acerca de cómo su hijo conduciéndose así podría tal vez un día matarse, el mejor corredor de larga distancia de nuestro tiempo estaba siendo alimentado intravenosamente con una solución de cloruro de sal dextrosa y sodio para deshidratación. Sus ojos eran inexpresivos, su negro cabello calado, su cuerpo temblaba y sus piernas estaban paralizadas con calambres. El médico asistente registró la temperatura de su cuerpo en 88 grados; uno no puede estar tan cerca al infierno y devolverse.

* Tomado de: *Playboy*. Abr., 1983. Traducido por: Aura Socorro Mantilla Caicedo.

Quién entre nosotros nunca se ha preguntado a sí mismo: ¿Qué estoy haciendo aquí en la tierra? Los hombres que escalan montañas siempre se hacen esta pregunta y lo mismo hacen los atletas como Salazar, que se preparan para llevar sus cuerpos y mentes hacia nuevos extremos. Pero ¿dónde están los límites? ¿Qué tan rápido puede un hombre correr? ¿Qué tan lejos y tan alto puede saltar? ¿Hay un límite para que los músculos puedan resistir el stress? ¿Hay un punto en que la estructura esquelética se derrumba, cuando el sistema cardiovascular suspira?

Los seres humanos han gastado su vida entera tratando de dominar todo un conjunto de limitaciones impuestas por el destino, por Dios, o por un mero accidente biológico. El fallecido psicoanalista Robert Linder concibió los límites humanos como un triángulo de hierro compuesto del medio en el cual debemos vivir, del equipo que tenemos o podemos adaptar y con el cual vivimos y del hecho inexorable de nuestra mortalidad; estos tres lados forman la celda de una cárcel.

Como muchos antes de él, Salazar, a su manera se lanzó el mismo contra el triángulo, consumiendo las 3/4 partes del fluido y todo su deseo para una carrera y una marca. Por qué se castigó a sí mismo habiendo hecho esto, realmente, por algún tiempo— parece fortuito comparado con el lado del carácter humano que él tanto representa: aquellos que han viajado al filo de los límites, las especies que no quieren ser parte de la celda de una prisión.

La gloria personal y la obsesión aparte, estos latigazos en las rejas son un ataque a la mortalidad. El poeta griego Homero hizo lo posible para clarificar ese impulso con su historia de Odisea. Desde entonces, los hombres han buscado sus límites en los escarpados de las montañas, en la oscuridad de los profundos océanos, o en la soledad de una embarcación manejada sin ayuda en el mar. El "Factor de Ulises" lo llamó: J.R.L. Anderson, quien fue el primero en aplicarlo para tales exploradores y aventureros como Sir Rober Scott. Ulises implica que hay algún

factor en el hombre, alguna forma de adaptación especial, que impulsa a unos pocos individuos a explotar aquello que parece sin propósito, pero que es finalmente de valor para la supervivencia de la raza. El deseo y la voluntad incomparables llevan a un compendio de cualidades esenciales a tales individuos.

A pesar de ser menos romántico que los hombres de hierro de quienes Anderson escribió, el atleta moderno que rebasa los límites comunes con su propio sentido de aventura: ¿qué tan lejos pueden una mente y un cuerpo sometidos al stress y al dolor ser impulsados? Los resultados son mejor medidos en los deportes puros que oponen al hombre contra sí mismo, y vienen en la forma de marcas, que se sostienen por un instante, luego se pierden entre el pantano de tipo Agata en libros para coleccionistas de trivialidades y de estadísticas. Las cifras marcan únicamente el perímetro de los límites, no la médula arenosa de los asaltos - las horas interminables de entrenamiento doloroso; aquellos momentos de escepticismo, el choque del reconocimiento del salto fisiológico hacia adelante.

Los números son inadecuados ante la luz candente del gran salto de 9.6 metros de Bob Beamon en las Olimpiadas de Ciudad México en 1968. En una prueba cuyos récords han sido astillados sólo en fracciones pequeñas a través de los años, Beamon sobrepasó los límites previos, el récord mundial, por casi 0.61 metros. Era un logro físico tan sorprendente que el análisis fracasó, dejando sólo mandíbulas flojas y lápices en equilibrio. ¿Como los números pueden reflejar el deseo, detrás de la continua erosión de récords de marathón, primero por Bill Rogers, ahora por Salazar, hasta que la pueda ser vista antes del cambio de siglo?

Se podrá ver, sí, pero únicamente a través de un telescopio Palomar, dice un educado grupo de disidentes. Aún más, existen aquellos que se inclinan hacia lo que dijo William Blake. "Lo que ahora se probó, antes sólo se imaginó". Estas palabras del siglo XVIII han sido verificadas repetida y frecuentemente en los deportes - por ejemplo, por la dramáti-

ca marca límite de Rogers Bannister al correr la milla en 4 minutos; un prospecto hasta entonces inalcanzable, y más recientemente por el excitante duelo internacional entre los corredores de la milla, Steve Overt y Sebastián Coe, quienes parecía que fueran a volver añicos la prueba.

Salazar, a propósito, está claramente de acuerdo con Blake. Para el año 2050 dijo a la revista *Runner's World*, (El mundo del corredor) se lograría la maratón en dos horas. Si está en lo correcto, ¿hemos llegado tan lejos en la maratón y en la milla, alcanzando el punto que difícilmente parecería posible apenas en 1965? Tratar de unir las intrincadas conexiones, grandes y pequeñas, es como tratar de localizar nuestra salida hacia el aterrizaje lunar. El colocar un hombre en la luna fue una posibilidad real cuando los hermanos Wright despegaron en Kitty Hawk, o cuando Wernher Von Braun empezó a trabajar en el cohete alemán V-2?

La evolución de las nuevas disciplinas de la biomecánica y la bioquímica deportiva, así como el creciente número de gente que se interesa por las aptitudes físicas, son el soporte del progreso atlético. La maratón —y el trote por salud— marcaron el camino y parecieron crear una atmósfera que detonó la investigación. La era del deporte de laboratorio, del esclarecimiento atlético, se abría para nosotros.

Overt y Coe lograron que se prestara atención y se concentrara el enfoque en los límites humanos en un momento en que los americanos estaban más preocupados que nunca antes con sus cuerpos. La gente parece estar enfadada con la muerte y mira con expectativa la tecnología médica, mientras al mismo tiempo es aprensiva sobre el amanecer nefasto de la época de los robots. Las marcas fascinaban pero pronto se desvanecían. Pero ahora —con el advenimiento de la medicina deportiva y la bioquímica— los descubrimientos apoyan a aquellos que dan por sabido que la perfección del cuerpo humano está allá afuera esperando a la generación merecedora para heredarla o tomarla.

Las preguntas provocan sólo otras preguntas. Si Mark Spitz, quien obtuvo una medalla de oro en los 100 metros libres en Munich en 1972, estuviera todavía nadando al mismo ritmo, hoy, no podría ni siquiera calificar para los Olímpicos en esa prueba. ¿Cómo en sólo 11 años, un superhombre se ha convertido, aparentemente en una reliquia?

Para encontrar las respuestas, científicos en todas partes del mundo están experimentando en laboratorios con hombres y mujeres jóvenes y fuertes, observando el tejido muscular, analizando la conformación y examinando los mecanismos fisiológicos de estos atletas que convierten alimento en energía mejor que otros —un elemento vital de la excelencia física—. Dada la naturaleza incalculable de competencias atléticas y la prudencia de la ciencia, las respuestas tienden a resistirse a tomar una forma concreta. Dice el Doctor Ernest Jokl de la Universidad de Kentucky, “los laboratorios reales, en materia de limitaciones son las competiciones mundiales”. Es allí donde son echados los dados del cuerpo y de la mente.

Sin embargo, no puede haber duda de que una gran cantidad de conocimiento de la ciencia deportiva ha ayudado a los atletas de clase mundial a llegar hasta donde están hoy. Por una razón: los laboratorios han producido una información útil sobre los músculos y cómo funcionan.

Preeminente como científico del desempeño humano, el Doctor David Costill de la Universidad de Ball State, fue uno de los primeros en segregar ciertas propiedades de los músculos que son cruciales para el desempeño atlético. El Doctor Costill encontró que algunas fibras musculares se contraen rápidamente y con gran fuerza pero se fatigan súbitamente; esos músculos de estiramiento rápido son frecuentes en los corredores de carreras cortas. Costill también descubrió fibras de estiramiento lento que no pueden generar fuerza instantánea pero se pueden contraer por mucho tiempo antes de que se fatiguen; y éstas son predominantes en los corredores de distancias largas, (la persona común y corriente tiene cerca de la mi-

tad de cada tipo). Salazar, por ejemplo, tiene el 92% de músculos de estiramiento lento, lo cual ayuda a su formidable resistencia. Bob Hayes, el hombre que ha corrido más rápido las 100 yardas, estaba dotado con una alta proporción de músculos de estiramiento rápido; no importa qué tan largo o qué tan duro hubiera entrenado, los tiempos de clase mundial en eventos de distancias largas estuvieron siempre fuera de su alcance.

Hoy, por medio de una simple biopsia, Costill puede decirle al atleta qué proporciones de músculos de estiramiento lento y rápido tiene. Por implicación, cualquier atleta puede determinar los eventos para los cuales está mejor dotado genéticamente y los eventos que lo forzarán a luchar contra sus límites naturales.

Yendo más lejos, los científicos aprendieron lo necesario sobre la química de la contracción muscular, que tiene aplicaciones prácticas para los atletas. Descubrieron, por ejemplo, que los músculos almacenan enzimas que ayudan a producir energía cinética. Con entrenamiento, el nivel de estas enzimas en los músculos puede ser triplicado - pero es aquí mismo donde se detiene; es una pura limitación física, este supremo presupuesto de potencia. De la misma manera la cantidad de complejo de glicogeno azucarado - el combustible primario del cuerpo - que está almacenado en los músculos, puede ser incrementado a través de un programa de entrenamiento y dieta llamado carga de carbohidratos, el cual se ha vuelto parte de la conciencia cotidiana del atleta moderno. Aunque posteriormente se convirtió en un punto de controversia, los médicos deportivos han creído que cuando el cuerpo corre falto de glicógeno o fracasa al tratar de quemarlo eficientemente, el resultado es un aumento de ácido láctico en los músculos - super fango que puede disminuir la velocidad en el atleta.

En un artículo reciente, el Doctor Jim Wilkerson, un fisiólogo, enfocó su atención más estrechamente en ese cuadro de la química muscular y la meta de correr más rápido. "La fuente de toda energía", escribió el Doctor Wilkerson, "es una molécula llamada

trifosfato de adenosina, mejor conocida como A.T.P.". El A.T.P. es casi la única cosa que importa en cuanto a la energía se refiere. Si uno no la produce, no tendrá contracción muscular; y si no tiene ninguna contracción muscular, no irá a ninguna parte. Es así de sencillo. El cuerpo produce esta energía de movimiento -A.T.P.- de dos maneras básicas. Ya sea si utiliza oxígeno (aeróbico) o si no lo utiliza (anaeróbico).

Estos términos -aeróbico y anaeróbico- representan probablemente la piedra angular de la ciencia deportiva contemporánea. Si hubo alguna vez un avance importante, un momento de luminosa proyección a través de los años que despejará el camino para el asalto del atleta moderno más allá de sus límites fue el entendimiento de que la energía para ejercicios de corta duración, e intensidad alta, digamos una carrera corta de 100 metros, o un salto largo, se logra sin oxígeno, mientras la energía para hazañas de resistencia atlética requiere una entrega constante de oxígeno a los músculos. Del 90% al 95% de la energía necesaria para finalizar una maratón, por ejemplo, se produce aeróbicamente, mientras un corredor de carreras cortas puede correr 100 metros sin siquiera respirar. El entrenamiento aeróbico cuya forma más ubicua es el trote, por supuesto busca incrementar el suministro de oxígeno fortaleciendo el corazón y los pulmones, ensanchando las arterias y acelerando la proporción en la cual las enzimas en los músculos pueden absorber oxígeno de la sangre. El acondicionamiento anaeróbico, tal como el correr contra el viento, o el entrenamiento de pesas, mejora la habilidad del cuerpo para liberar cortos y fuertes derroches repentinos de energía.

Tan compleja como es, la investigación sobre músculos, el entrenamiento y la dieta se han filtrado lentamente en el atleta a través de buenos entrenadores y médicos como Wilkerson y Costill. El resultado ha sido una tendencia hacia el "manejo del cuerpo", un auto-conocimiento entre los atletas del conocimiento físico, que puede proveer una tangible ventaja en la competición. Conjunta-

mente con los progresos tecnológicos del conocimiento sugiere que la frase límites humanos puede ser pronto arcaica.

Empero, la mayoría de los científicos cree, cautelosamente, que hay límites físicos, a pesar de que lo dicen con un ojo dirigido a la genética, a la fuerza misteriosa del deseo humano y a las maravillas farmacéuticas modernas. El doctor Gideon Ariel, biomecánico con multitud de laboratorios, dice: "Sí, hay límites definidos. Por una razón, entre otros factores, nuestra estructura ósea sólo puede soportar determinada presión. Más allá de un cierto punto —y éste tiende a variar dependiendo de los puntos de presión— los huesos simplemente se astillan". El Doctor Ariel cree que Beamon casi excedió ese punto en ciudad de México. "Ese largo salto puede tener un mejoramiento marginal, dice, "pero muy pequeño". El Doctor Jokl es menos ambiguo al decir que la proeza de Beamon fue la más grande proeza en la historia registrada del atletismo. Es improbable que alguna vez sea superada".

Carl Lewis, de la Universidad de Houston, el magnífico corredor y saltador a lo largo, estuvo de acuerdo, mucho tiempo, con Jokl. "Yo fui como todos los demás —una víctima—", dice Lewis acerca de su admiración por la marca de Beamon. La magnitud del récord pareció intimidarlo hasta el año pasado, en el Festival Nacional Deportivo, cuando Lewis estableció un nuevo récord a nivel del mar con un salto de 28'9". Pero no fue el récord en sí, lo más fascinante; fue lo que Lewis hubo de decir sobre sus cuatro previos intentos fracasados aquel día. "En uno de ellos, yo sé, salté 30 pies, afirmó categóricamente. Mientras los ojos de todo el mundo en la pista se abrían con asombro, Ariel permaneció escéptico.

"No creo que él hubiera saltado 30 pies, dice Ariel. "Hablamos aquí de un obstáculo de fuerza. La presión en la articulación femorotibial es enorme, más allá de 771 kilogramos. Saltar más lejos es imposible. Los huesos femorales se destrozaban. Los ligamentos que conectan los huesos femorales y de la tibia, entre la rodilla y el tobillo, serían

desgarrados. El cuerpo simplemente no puede sostenerse bajo esa clase de presión".

Naturalmente, cuando los científicos tratan de evaluar los límites precisos en varios eventos, sus estimativos difieren claramente —como ocurre con los rusos—, quienes han estado a la vanguardia de lo que viene a ser llamada la ingeniería humana. Mientras que proyectan una maratón en menos de dos horas, Ariel también anticipa un salto alto de casi 9 pies (comparado con la última marca corriente de 7' 8 3/4") y "tal vez unos 9.5 en los 100 metros", lo cual rebasaría el récord mundial por medio segundo. Jokl prevé un salto alto de 8 pies y probablemente un 9.8 en los 100 metros. Los rusos, quienes seleccionan sus atletas por especificaciones de peso, edad, altura, prevén un 9.75 para los 100 metros en 1990 y un salto alto de 8' 2". Pero cuando llegamos al evento glorioso, la milla, hay quienes se sienten seguros de que los rusos enfrentarán el callejón sin salida con sus programas de "caballos de carreras".

Marvin Clein, presidente de los Asociados de Ciencia Deportiva y un experto en conformación atlética, cree que el enfoque ruso es insuficiente cuando llega a los límites de la milla. El villano que frustra los dramáticos avances es el corazón. La evolución tendrá que producir un corazón más grande que el que existe, con el fin de bombear más de 36 cuartos de galón de sangre por minuto, que es lo posible hoy en día. Un corazón tal significaría hombres más grandes, cuya configuración: - una espina dorsal grande, pulmones y cajas torácicas mucho más grandes tendrían también que desarrollarse para cumplir las demandas de aquel corazón. Ese tipo de corazón requerirá más peso, así como más energía, para impulsar al cuerpo hacia adelante. Conforme a Clein y a los cálculos del estudiante graduado de la Universidad de Denver, John Keefe, el órgano existente es capaz teóricamente de soportar un registro para la milla de 3:34, lo que es 13.33 segundos más rápido que el récord corriente de Coe.

Clein cree que la natación es uno de los

deportes que no está al borde de sus límites. La gravedad influye en la carrera y en el salto, pero sus efectos (y la fatiga consecuente en el corazón) son disminuidos por la flotabilidad del cuerpo en el agua. Y el calor del cuerpo —siempre peligroso para los atletas— se escapa en una piscina. El nadador modelo de Clein tiene caderas angostas para facilitar el peso veloz, manos grandes para chapotear el agua y amplios hombros para soportar la cantidad de músculos necesarios. Las mujeres tienen aquí una ventaja especial: con su cuerpo más gordo y más flotante, todas sus energías están dirigidas a la propulsión más que a permanecer a flote. Clein ve la brecha entre los récords de natación de los hombres y las mujeres estrechándose considerablemente en los años venideros.

Si aquí el énfasis ignora los grandes deportes espectáculo —por ejemplo el fútbol y el béisbol— es porque ellos están encadenados con equipos y no están adecuados a la ecuación del hombre frente a sí mismo. El fútbol (—americano, se entiende—) es un deporte de colisión, de velocidad y peso, más fuerza, más equipo diabólico. El béisbol es un juego de sutileza en donde qué tan largo uno batea una bola no tiene tanta importancia como que la batee lo suficientemente lejos.

Sin embargo, Ariel piensa, que un gol de campo de 73 metros es posible, como lo es una bola rápida a 241 metros por hora. “Pero ¿puede ser alcanzada? se pregunta, y “¿quién podrá agarrarla?”. Los superatletas capaces de jugar en aquella imaginaria liga permanecen por lo menos temporalmente —como ficciones de la imaginación científica. Pero el trabajo de Clein y sus colegas no deja de tener aplicación práctica.

Se ha dicho que el hombre de Neanderthal, dependiendo de la velocidad para comer y sobrevivir, podría correr más rápido que cualquiera de los atletas de hoy. Es divertido especular acerca de cómo se vería si tuviese acceso a los milagros de la biomecánica. Además de ayudar al débil, la nueva ciencia de la biomecánica está dejando al descubierto los secretos del movimiento, eliminan-

do el desperdicio y la torpeza del mismo. Momento de torsión, carga, stress, levantar y arrastrar, son parte del vocabulario del equipo de campo. Los computadores pueden dejar al descubierto el paso de un hombre viejo o el movimiento difícil en el ballet. El cuerpo como una máquina humana puede ser llevado rápidamente hacia un alivio. Ningún atleta o entrenador puede sensiblemente ignorar el trabajo que se hace en los laboratorios y esperar continuar compitiendo al más alto nivel.

Si se colocan electrodos en los dedos de un lanzador se verá que una bola rápida se convierte en una curva lánguida, simplemente debido a un desliz instantáneo de un dígito en la mano de lanzamiento. Modelos de mano humana exactos hasta los poros, son colocadas en agua en movimiento para examinar las posiciones óptimas en natación. Ariel está inventando lo que él llama los primeros zapatos computarizados del mundo, un zapato de trote con un microprocesador puesto en la suela. Grabando el impacto y el paso, el instrumento puede ser conectado a un computador central después de un entrenamiento y el corredor conocerá que tan lejos puede correr, su velocidad promedio, cuántas calorías ha quemado y qué tanto peso ha perdido.

“Para hacer algo mejor” dice Ariel, “Uno debe contar con la mejor forma de hacerlo”. Para tal fin, Ariel utiliza películas de velocidad de atletas en acción y alimenta cada fragmento a un computador. El computador puede separar los requerimientos físicos para un evento determinado y decir si la forma del atleta es suficiente o insuficiente. Ariel también invierte tiempo en el área del “reclutamiento muscular”: entrenando un atleta para usar músculos que no usaría ordinariamente para su competencia. Esos músculos son separados, y el atleta, por medio de entrenamiento de pesas o ejercicios específicos los desarrolla hasta que pueda ser capaz de manejarlos a voluntad.

Aunque la bioquímica promete y brinda mucho al deporte moderno, Peter Coe, el

padre de Sebastián, ve el avance de la ciencia con humor negro. Por largo tiempo consejero de su hijo, el viejo Coe dijo al Runner's World: "Imaginen al gran entrenador Svengali Mc Twist aplicando la señal extra o el estímulo cuando los corredores entran a la curva final de una gran carrera. Sin sentido usted diría ¿tan obvio para esconder? Pero ¿usted tiene conocimiento acerca de las microplantas? ¿Puede usted imaginarse a todos los competidores teniendo que ser reflejados en la pantalla cuando entran a la pista a través de una seguridad estilo aeroportuario?

Entonces, ¿a qué precio el progreso? ¡atrás, atrás! usted gritaría añorando a los atletas de antes con bigotes poblados. Actualmente nos interferimos en las difusiones de propagandas. ¿Por qué no interferimos unos a otros en los Olímpicos?

Por una razón, Ariel, no cree que tales vuelos de imaginación sean traídos de los cabellos. "Ingenieros humanos", dice él algún día reemplazarán a los ex-atletas como entrenadores". Si él está en lo cierto — y parece ser que hay en adelante mucha más evidencia macabra— entonces - estamos cerca de entrar a la era de los atletas robots, el atleta totalmente procesado. El atleta natural, con sus límites humanos como lo conocemos, será sólo una memoria pintoresca.

Las microplantas y los entrenadores demenciales parecen casi frívolos enfrentados a este panorama. Vivimos en una época en la cual es común hablar de cerebros artificiales e híbridos humanos, cuando los bancos de espermas en California son una realidad para los dotados genéticamente tanto en la ciencia como en el atletismo. Pero la incursión de nuevas drogas en los deportes reúne una atmósfera de otro mundo que una vez más coloca un final resplandeciente sobre la corona del profético H.G. Wells.

Hace tiempo el vidente Wells creó dos personajes llamados Mr. Bensington y el Profesor Redwood en la novela titulada "El alimento de los Dioses". Ellos descubrieron la Herakleofobia IV, un compuesto que es el responsable de una raza de niños gigantes

que quieren una nueva civilización y se preparan para participar en la guerra con el mundo de los "Liliputienses" (o sea nosotros). Al comienzo, la incredulidad se toma ese escenario cuando es transferida al atletismo moderno; luego la mente reconsidera la idea: drogas y atletas, jamón y huevos.

El Dr. Gabe Mirkin una vez condujo una encuesta entre más de cien corredores de clase mundial. La pregunta era: "Si yo puedo darle una píldora que pueda convertirlo en un campeón mundial y al mismo tiempo matarlo en un año, ¿usted la tomaría? "Más de la mitad de las respuestas fueron afirmativas. No son las drogas y lo que ellas puedan hacerle a un atleta y a su carrera de menor preocupación para el Dr. Taylor autor de los Esteroides Anabólicos y el atleta. El hombre nuevo imaginado por N. G. Well no es sólo fantasía para el Dr. Taylor.

"¿Qué tan lejos pueden ir los atletas?" pregunta él. "Eventualmente uno llega al punto en que la genética es la llave para la actuación: genética o drogas. Hemos avanzado tanto en términos de entrenamiento y nutrición que ahora es sólo una cuestión de localizar atletas que estén genéticamente adaptados a las tareas inmediatas. Esto sucederá en un período de años, o las drogas alterarán el cuerpo. A propósito, las drogas han tenido que ver con no pocos récords comunes, y en los años venideros, responderán por más. Los mejores atletas tienen y tendrán, los mejores farmaceutas".

Además, esteroides —amplificadores biológicos— son vitales para el éxito en los eventos de pista y campo. Derivados de la hormona masculina testosterona, los esteroides pueden sintetizar proteínas y pueden alterar la forma del cuerpo del atleta tanto como su actividad. De acuerdo con Ariel, los esteroides son "más una clave" para el éxito que el entrenamiento esencial y las vitaminas. Uno no participaría en una competencia internacional sin tomar esteroides, dice él. Debería haber dos olimpiadas: Una para aquellos que toman esteroides y otra para aquellos que no los toman". Un atleta puede ser entrenado al filo de la navaja pero él no puede con-

fiar "en llegar a la final sin esteroides, especialmente en aquellos eventos tales como el disco, la bala, la jabalina". Esto sería como hacer participar a un galgo en una carrera de caballos.

"A menudo la gente cierra sus ojos y dice que los esteroides anabólicos sólo tienen los efectos de inofensivas píldoras", dice Ariel. Esto es falso. De exámenes que hemos hecho, hemos determinado que los esteroides anabólicos añadirán 6 metros al disco, 1 metro a la bala y 3 metros a la jabalina. No solamente vuelven al atleta más fuerte físicamente, sino también más obsesivo. Un atleta que consume esteroides, por ejemplo, no quiere simplemente tirar el disco - quiere ase-sinarlo".

La investigación de Ariel no implica que el uso de esteroides esté confinado a la pista y campo. Un levantador de pesas, un jugador de fútbol o cualquier otro atleta que quiere "cambiar su físico" generalmente puede encontrar un farmacéuta o médico colaborador dispuesto a proveerle las drogas.

"Desde hace 15 años, la talla promedio de jugadores de fútbol americano no ha cambiado realmente", dice Taylor. Pero comparados con los jugadores de hoy en día, los de 1960 eran subdesarrollados.

Cuando los esteroides anabólicos fueron establecidos el volumen de los jugadores aumentó dramáticamente. Ahora, con la introducción amenazante de hormonas sintéticas para el crecimiento, llegará el día en que tendremos atletas de 159 a 170 kilogramos de peso, y de dos a tres metros de altura.

De acuerdo con Taylor, con inyecciones de la hormona, el potencial del crecimiento físico es inmenso. Usados extensivamente, estas hormonas polipépticas son comúnmente extraídas de las glándulas pituitarias de cadáveres, pero el proceso es costoso (10.000 dólares al año por tratamiento). Ahora la hormona ha sido sintéticamente reproducida y se espera que sea aprobada por la administración de drogas; pronto será ampliamente disponible. En la plena expectativa -que se

abusará de la droga, así como ocurre con los esteroides anabólicos-, Taylor dice que está consiguiendo información sobre los tratamientos de hormonas con los padres celosos de los atletas de secundaria.

Las posibilidades lo horrorizan. Dice "a menos que esta medicación sea controlada estrictamente, tendremos un serio problema en nuestras manos. Permitir que este medicamento se popularice de la manera como los esteroides lo han hecho, sería como abrir una caja de pandora. Los padres que me llaman dicen que el precio no es ningún problema. Ellos han leído u oído que la hormona puede añadir 7 centímetros de crecimiento al año, y ellos la quieren para sus hijos.

Taylor dice que llegará el momento -y muy pronto- en que el atleta de secundaria será forzado a reconocer que si quiere triunfar tendrá que acudir a las drogas; los atletas de hoy son diferentes a los de hace 30 años, dice Taylor, los caminos al éxito son precisamente definidos". Entonces los atletas simplemente se lisonjeaban. Ahora ellos saben que las drogas son la clave del triunfo y que no pueden confiar en competir sin ellas".

Habrá que reexaminar la ética y cerrar la puerta y sólo abrirla cuando sea necesario. Si la droga se populariza, Taylor ve que los deportes se volverán absurdos y los récords y límites obsoletos. La geometría y el balance de juegos como el beisbol y el baloncesto tendrán que ser alteradas, con canastas colocadas más altas y la loma del pitcher puesto más atrás. Para el no reconstruido, la era del seudo -atleta-, del atleta de H.G. Wells parecerá carente de todo lo humano - el modelo perfecto para un mundo robotizado.

Los robots podrán agregar algo a la vida, pero seguramente señalarán el punto final para lo hecho a mano, la disolución de la artesanía.

Difícilmente un fanático de ojos fieros, Taylor quiere que el atletismo y aquellos que lo practican permanezcan puros biológicamente y no quiere récords y límites que-

brados, que estén exentos del marco corriente de referencia. El impulso de Ulises —y la clase de hombre— que debe ver lo que hay más allá de la montaña, argumentan arduamente a este propósito: si tal impulso es desplazado por una dosis de hormonas entonces no habrá deporte como lo aprendimos a sentir; el deseo y la voluntad del atleta heroico pertenecerán al folclore.

Estas cualidades fueron mejor captadas por el esfuerzo de Salazar en Boston, cuando sus piernas se languidieron como si se quemaran. Tratemos de congelar su cara en la línea de sentencia: era una máscara plástica de dolor, pero terriblemente humana. Era

algo intenso y estremecedor, pero en alguna parte de aquella terrible contorsión, parecía que una vieja promesa se renovaba aún más. Salazar es el poeta de la acción y su cara hablaba elocuentemente para el hombre de Ulises y para todo lo que representa: la última línea de defensa contra el atleta procesado y contra lo artificial en todos los aspectos de nuestras vidas. La adaptación continua del hombre es la necesidad corriente para aquellas mismas cualidades. Todos los hombres perceptivos detrás de la escena del atletismo reconocen esto: que el deseo y la voluntad son, y deberán permanecer siendo las más elementales piezas claves hacia la real excelencia.

